

## Tres ideas sobre la huelga general del 29 de septiembre

### I

La huelga general ha sido un éxito. Desde luego que no total ni absoluto, pero ha triunfado porque ha permitido parar la actividad industrial del país y de una parte relevante del sector servicios.

La huelga general del 29 de septiembre no era una huelga fácil. En primer lugar, porque se convocaba con retraso. Muchas son las razones de la tardanza y darían para escribir un ensayo. Sólo adelanto que no son tan simples como nos quieren hacer ver los que no han albergado otro propósito que la huelga fracasase.

Además, no era tarea sencilla sobreponerse a la campaña escandalosa promovida por la inmensa mayoría de los medios de comunicación contra la convocatoria de huelga. Incluso, algunos de ellos, los que continuamente flirtean con el extremismo de derechas, han ido mucho más lejos en su propósito al arremeter también contra los sindicatos, contra el derecho constitucional a la huelga y contra todo lo que se mueve más allá de su órbita mezquina y manipuladora.

Tampoco era fácil para los convocantes superar la sensación de impotencia de una clase obrera segmentada, huérfana de referentes, poco instruida técnicamente y cada vez más conservadora que, todo hay que decirlo, cayó seducida en los brazos de una engañosa prosperidad durante los años de la especulación urbanística y de la economía del ladrillo. Una parte de esa clase obrera se endeudó temerariamente empujada por el espejismo del consumo, por la ganancia fácil y por la avaricia de los bancos. Cuando estalló la burbuja inmobiliaria su patrimonio mermó, las deudas se comieron sus ingresos y la parálisis de la construcción destruyó sus puestos de trabajo. Ahora vemos con claridad las consecuencias de este proceso: cifras de desempleo escandalosas, el peligro de que una generación pierda sus legítimas posibilidades de desarrollo autónomo, miedo generalizado ante el futuro y riesgo claro de involución social. Parafraseando a Wilhelm Mommsen en su biografía sobre Bismarck, la clase obrera española, junto con la de otros países, está en trance de convertirse en el lugar preferido del gran capital y de sus ideólogos en el que realizar su última rapiña económica, para lo cual la clase obrera *“proporcionará la sangre de sus hijos, el teatro de operaciones y los laureles de la victoria”* ajena.

Todos esos obstáculos fueron superados en cierto modo el día 29 de septiembre, aunque no con mucha holgura. Por lo tanto, los que vaticinaban el fracaso completo de la huelga, si aún les queda una pizca de vergüenza, deberían reconocer que se equivocaron. Y en cuanto a los que siguen instalados en la calumnia y en el empeño de destruir lo poco que queda de legislación y de derechos sociolaborales, espero que algún día les llegue la hora de rendir cuentas ante la sociedad.

El impacto de la huelga en Azuqueca de Henares fue muy notable. La sensación que se tenía el 29 de septiembre al caminar por sus calles era la de un domingo cualquiera, al que acompañó el buen tiempo y el sol. La actividad en los polígonos quedó muy mermada y en el Ayuntamiento, que a efectos económicos y laborales es una de las grandes empresas de nuestra ciudad, el paro fue secundado por un 70%-80% de la plantilla. En cuanto a los concejales, sólo los de IU hicieron huelga, mientras que los del PP y los del PSOE coincidieron en que no había razones para secundarla. La siguiente cita reivindicativa, tras una mañana tranquila, estaba en Guadalajara. A las 12 horas comenzaba una manifestación a la que acudieron entre 2.000 y

3.000 personas según fuentes de la policía municipal y de los sindicatos convocantes, todo un éxito si tenemos en cuenta las cifras alcanzadas por manifestaciones similares en la capital de la provincia.

La jornada de huelga se desarrolló sin incidentes de mención por parte de los trabajadores. La discordia del campo de Agramante anunciada por la extrema derecha no se produjo. Ni piquetes sangrientos ni escenas de kale borroka. Muy al contrario, la relación entre los piquetes de huelguistas y las fuerzas de la Guardia Civil fueron de mutuo respeto y, me atrevería a afirmar, de comprensión. En algunos momentos llegué a considerar que las fuerzas de la Guardia Civil actuaban más bien para proteger a los piquetes de la furia descontrolada de algún exaltado.

Pero lo que sí hubo, en cuestión de orden público, no sólo en Azuqueca de Henares sino a lo largo y ancho de la geografía española, fue violencia contra los piquetes ejemplificada en los numerosos casos de atropello que sufrieron los trabajadores que ejercían su derecho a informar de las razones de la huelga. Que sepamos se produjeron atropellos, alguno de ellos muy grave, en Madrid, Barcelona, Ciudad Real y Guadalajara. Desgraciadamente Azuqueca de Henares no se libró de esta práctica criminal.

En las puertas de Vicasa, aproximadamente a los 14'00 horas, un auténtico homicida se salió de la fila de coches en la que se encontraba detenido porque un piquete estaba informando al primero de sus conductores sobre la huelga. Invadió el carril contrario y arremetió a sangre fría con un todo terreno contra cuatro trabajadores que estaban de espaldas cruzando la vía pública. El salvaje homicida probablemente se percató de que en ese momento no había guardias civiles en el lugar y que su atroz agresión quedaría impune. El conductor homicida no dudó en arremeter contra todos los que se cruzaron en su camino recibiendo uno de ellos la peor parte. Los testigos cuentan que el golpe encajado por el principal afectado fue fuerte y que de milagro el coche no le aplastó dado que sus ruedas pasaron a gran velocidad a pocos centímetros de su cuerpo tendido en el suelo. Por si fuera poco, esa bestia criminal se dio a la fuga cobardemente, importándole un comino si el atropellado estaba vivo o muerto. Afortunadamente, el trabajador atropellado ya está restablecido de las heridas sufridas en la cabeza, más aparatosas que graves. En cuanto al conductor criminal, de nombre José María de Miguel Osorio, rápidamente fue identificado por las fuerzas del orden, resultando ser un desgraciado de la peor calaña. Contaba con antecedentes penales al haber sido condenado en 1995 a dos años de prisión y a multa por intrusismo y estafa al haber contratado, junto con un compinche, a un ciudadano argelino como "esclavo" mediante la firma de un contrato "romano" en el que textualmente se decía que dispondría *"de él como tuviese a bien, para la flagelación o los trabajos forzados, la sodomía o para hacer la comida, teniendo bajo su jurisdicción la vida o la muerte del esclavo"*. El ciudadano argelino, que en todo momento tenía que dirigirse a su contratador como *"mi amo"*, era obligado a realizar sus tareas desnudo y sin cobrar un céntimo, bajo la promesa de una regularización que nunca se produjo. Así es el tipo miserable que atropelló al piquete: un negrero, un sádico perturbado, ralea de la peor clase a la que, de haber justicia en el mundo, habría que aplicarle una ración infinita de su propia medicina.

¡Qué diferencia entre esa canalla y sus víctimas! Todos conocemos a los integrantes de ese piquete atropellado. Son ciudadanos de siempre de Azuqueca de Henares. Honrados padres de familia que han trabajado toda su vida y que, con su esfuerzo, han logrado sacar adelante a los suyos y han contribuido a la prosperidad de nuestro municipio. Como trabajadores ese día reivindicaban ser respetados y que sus hijos y los hijos de los demás, cuando trabajen, también sean acreedores de un mínimo de respeto y de garantías de protección frente a la adversidad y el infortunio. Por defender sus derechos y los de los demás estuvieron a punto de morir a manos

de una inmundicia que, muy probablemente, se solaza con las tertulias de Intereconomía, con los programas de esRadio y con los artículos de Libertad Digital. Este es el país que quieren lo que estos medios representan. Un lugar formado por amos y esclavos, por señores y animales, por señoritos y por serviles. No pararán hasta conseguirlo. Por eso hay que pararlos los pies cuanto antes.

La noche anterior al atropello en las puertas de Vicasa se produjo otro incidente similar en Alovera. Esta vez el conductor de un camión articulado arremetió con su vehículo contra otro ciudadano, en este caso un parado víctima de un empresario sin escrúpulos bien conocido por estos pagos, un cierto Saboya propietario de la malograda AVICU, que también ejercía su derecho a informar sobre la huelga general.

Estas son dos muestras muy próximas a nosotros de la violencia contra la huelga que hay que atribuir en primer lugar a quienes la ejercen pero de la que también son responsables aquellos que llevan semanas dedicándose a esparcir veneno contra los trabajadores, los huelguistas y los sindicatos, llamándoles de todo y proponiendo incluso que sean asimilados a terroristas y, consiguientemente, encarcelados. Esos individuos que ejercen de periodistas, de tertulianos y de "opinadores" a sueldo son sicarios de las ideas vendidos al mejor postor, gente sin escrúpulos que destilan odio por todos sus poros, resentidos sin principios que están acabando con lo poco que le queda de reputación al oficio de periodista. Y cuanto más tiempo se dediquen a emponzoñar las almas más daño le harán a nuestro país.

## II

¿Y después de la huelga, qué? Esa es la pregunta que ahora nos hacemos. ¿Servirá acaso para que el gobierno cambie su política económica? Sinceramente, creo que no. Haría falta una presión más continuada para que el gobierno accediera a cambiar de opinión. En Francia ya van por la cuarta huelga general contra la reforma de las pensiones de Sarkozy y por ahora el gobierno se mantiene en sus trece. ¿Será una lección moral para banqueros y empresarios que, arrepentidos, devolverán a la sociedad lo que le arrebataron haciendo propósito de enmienda? Tampoco. ¿Entonces, para qué la huelga? Me conformaría con que la huelga general del 29 de septiembre sirviera para cohesionar políticamente a todos aquellos ciudadanos que no sólo quieren que la crisis la paguen quienes la provocaron sino que, además, están convencidos de que hay que cambiar el actual orden económico por inviable y destructivo. El tiempo determinará si esta última esperanza está fundada. En cualquier caso, lo que nos demuestra la historia es que para cambiar el rumbo de los acontecimientos hacen falta convicción en los objetivos, estrategias claras para alcanzarlos y fuerza suficiente para defenderlos. Si la huelga del 29 de septiembre contribuye a lograr un cambio social cada vez más necesario, no habrá sido en balde.

## III

Una vieja sentencia de la política sostiene que los gobiernos conservadores están en mejor condición para aplicar medidas avanzadas que los de carácter progresista, puesto que a ellos sus bases no les discuten una decisión que puede ser explicada como la natural concesión que hay que realizar para que se frene el avance de la izquierda. Y viceversa, que los gobiernos progresistas están más legitimados que sus adversarios de derechas para aplicar medidas conservadoras, porque sus bases lo entenderían también como una cesión obligada para frenar el extremismo de la derecha.

No sé si este adagio ha respondido alguna vez a la verdad. De lo que sí estoy plenamente seguro es que hoy carece de validez. El pensamiento liberal-conservador es hegemónico desde hace treinta años y el supuesto sistema de equilibrio y de balance entre derecha e izquierda está inclinado acusadamente a favor de la derecha. Además, la ausencia de contramodelos hace que la derecha no tenga realmente con quien discutir, de ahí su altanería y su aproximación hacia el extremismo. Y en cuanto a la izquierda, al haber perdido sus anclajes y referentes tradicionales, lo menos que puede decirse es que atraviesa una situación realmente penosa. Sus batallas se cuentan casi por derrotas y su perfil ideológico está muy desfigurado. Por eso las socialdemocracias caen derrotadas, y las opciones que están a su izquierda buscan desesperadamente una reconstrucción que ya dura demasiado tiempo y que, cada vez más, se asemeja por sus resultados a los esfuerzos eternos y baldíos de un cansado Sísifo.

Con el decreto sobre la reforma laboral el Gobierno de Zapatero se ha puesto la mortaja. Previamente había comprado el féretro (al aprobar un recorte presupuestario brutal) y la tumba (al decretar la congelación de las pensiones y la reducción del salario de los empleados públicos una media del 5%) Ahora, si quiere, ya puede meterse en el ataúd, convenientemente ataviado, haciéndole al PP lo que queda del trabajo sucio para que el partido de Rajoy no tenga que mancharse las manos cuando llegue al gobierno. Lo cierto es que el PSOE tiene una buena ocasión para culminar su carrera hacia el desastre final si sigue insistiendo en la idea de ampliar la edad de jubilación y de endurecer las condiciones del cálculo de las pensiones.

Mientras el PSOE socava su bases electorales y siembra el malestar entre sus cargos públicos, Rajoy, al que le gustaría ser invisible, personifica a Don Tancredo, estático como un marmolillo en medio de la plaza. Los asesores del PP seguro que le aconsejan que esté mudo y quieto, no sea que si se mueve y dice lo que piensa pierda parte de la ventaja que acumula y se le acabe torciendo el rumbo hacia La Moncloa. En resumen, asistimos estupefactos al espectáculo brindado por un PSOE que hace cero política y por un PP que hace la política del cero.

Esta es la triste realidad del bipartidismo. Un gobierno que se dice de izquierdas haciendo lo que haría la derecha, pretextando que no puede tomar otras decisiones porque "los mercados no lo permitirían" (entonces, para qué votamos si no podemos decidir sobre lo importante); y una derecha muda, que no habla porque no quiere dar miedo, cada vez más impregnada de extrema derecha y carcomida por el cáncer de la corrupción, que sueña con que la "patria" se hunda si eso le permite ganar las elecciones.

Y en medio de tanta deriva luce un personaje chocarrero como Belén Esteban, auténtica sombra de nuestro tiempo. Este postizo de carne y hueso, invento mediático de Telecinco gracias al cual la televisión de Berlusconi embrutece a la par que hace caja a mansalva a razón de unos trece millones de euros anuales, es seguido por muchedumbres de telespectadores que se deleitan con admiración cuando escuchan sus chabacanerías y zafiedades. No le faltaba razón al clásico cuando sentenciaba "*pueblo idiota es seguridad del tirano.*"